

Recordar, compartir, aprender

**Alicante**

**Consuelo Orta**

**Angheluta Mioara, 25**

## UN PULSO A LA VIDA

En su inagotable caminar hacia adelante, Chelo dice que no es la única. Siempre ha habido y habrá mujeres que lleven en silencio su carga, sin protestar, sin pedir ayuda. Ellas no luchan para ponerse a sí mismas al amparo de una seguridad, sino siempre para llevar hacia una especie de tierra prometida a sus padres e hijos.

Contando su vida, Consuelo Orta, nacida en Benilloba, provincia de Alicante, da testimonio de estas sombras que pasan desapercibidas -heroínas sin estatuas que tienen por campo de batalla la vida cotidiana. Para las que no abandonan su carga, no hay más que una dirección: adelante, dice la voz firme, grave y a la vez cálida de esta señora de 67 años, voz que desde el primer momento te da a entender que si sigues escuchando no será pequeño tu aprendizaje de la vida.

De Chelo, se puede decir que la voz es el espejo del alma. Si no fuera por su tenacidad y valentía ¿qué hubiera sido de sus padres y de sus cuatro hijas? Desde pequeña, la vida se le mostró dura: poco tiempo para vivir la infancia y aún menos la adolescencia. Con ocho años, se vió ama de casa, cuidando de los tres miembros de la familia: su hermano, dos años menor que ella; su padre, camionero, que trabajaba toda la semana para traer dinero a casa y; su madre, prisionera desde los 40 años de una depresión, enfermedad que no permite al ser humano enfrentarse a la realidad.

Chelo recuerda cómo se subía a la banqueta para llegar a la pila y lavar la ropa, se acuerda también de la primera comida que hizo: unas judías medio cocidas que presentó a su padre al volver del trabajo. Pero con el tiempo, para esta niña que empezó a hacer las cosas sin que se las enseñara nadie, la cocina no tuvo ya secretos. Con 18 años, después de haber trabajado largo tiempo en una fábrica, llega a ser profesora de cocina en los servicios sociales y más tarde incluso chef, justo cuando la vida se volvió aún más dura con ella. Con 24 años, Chelo se casa, a los 25 tiene su primera hija, a la que seguirán otras tres. El nacimiento de la cuarta hija tiene su historia, poco adecuada para lo que tendría que vivir una mujer en un periodo tan importante de su vida. Cuando se le acerca el momento del parto, su madre toma dos tubos de barbitúricos. Ella misma descubrió la tragedia. Era el quinto intento de suicidio. Mientras la madre estaba ingresada en el hospital en estado de coma, Chelo da a luz algo antes de lo previsto. A las seis de la mañana se produce el parto y a las 12 le pide al médico que la deje marchar, pues la esperaban sus tres hijas, el marido, y la madre hospitalizada en estado crítico.

Al visitar a su madre en el hospital, no recibió palabras de agradecimiento, sino todo lo contrario: la reacción violenta de una persona que quiere con toda el alma que la dejen morir. A pesar de eso, Chelo asume la responsabilidad delante de los médicos de llevar a su madre a casa, porque en el hospital no estaba segura. Los otros enfermos le habían pegado y roto la muñeca. Ya en casa, le dice a su madre que a partir de ese momento podrá hacer lo que quiera, porque no volverá a llevarla al hospital. Su madre no volvió a intentar suicidarse, quizás por haber entendido el sufrimiento provocado en los más allegados con sus tentativas de desaparecer. Sin embargo la enfermedad siguió su curso.

Seis años después, el destino le da a Chelo otro golpe: la muerte de su marido el día de San José por infarto de miocardio. No había hecho ningún esfuerzo, ningún dolor anterior lo había presagiado, ni siquiera una enfermedad. Estaban descansando en un día de fiesta. Chelo sólo tuvo tiempo de manifestar su sufrimiento al final del funeral, al volver la esperaban sus cuatro hijas, con edades entre seis y diez años, asustadas, no tanto por la muerte en sí -incomprensible en la infancia-, sino más bien por el presentimiento de la inseguridad acarreada por el fallecimiento del padre. Al verlas, Chelo les dijo: "Papá no quiere que estéis tristes. No os va a faltar de nada. ¡Sentaos a ver los dibujos animados!". ¿Cuántas veces cuando éramos niños al ver una película o los dibujos animados donde todo acaba bien no nos dieron la ilusión de que en algún lugar la vida sigue adelante y que esa seguridad de otro lugar imaginario nos contagiará, llegando hasta nuestro rincón?

Recordar, compartir, aprender

Chelo –padre y madre a la vez– cumplió su promesa y a las niñas no les faltó de nada. Al día siguiente al funeral, se quitó el vestido de luto y se puso a buscar trabajo; las circunstancias no eran para quedarse llorando. Tenía que ganar dinero para la comida de cada día, y para los uniformes y libros del colegio de monjas que se tenían que comprar nuevos cada año (nunca se les permitió traer ningún manual de la hermana mayor, aunque las hijas tenían edades muy cercanas). Además tenía que ganar dinero para comprar la casa, que el propietario le permitió pagarla en cinco años. Chelo llegó a trabajar 18 horas diarias en hostelería como jefa de cocina. Una tarde, volvió con una botella de coñac y dijo a sus hijas que, el día que consiguiera pagar la casa, la bebería toda. Después de unos años de trabajo duro, Chelo obtuvo las escrituras de propiedad, pero la botella aún sigue intacta. Se hacen fiestas tras los éxitos fáciles, ¿pero como volver a beberse la angustia de no tener dónde alojar a sus hijos?

Chelo se quedó viuda con 38 años y nunca volvió a pensar en casarse. ¿Habría participado otro hombre en su afán de sacar a su familia adelante? Como su nombre indica, Consolación encontró alivio en ella misma y también en ver que el esfuerzo que había hecho no era en vano. Díos –dice– la ayudó a sacar a su familia adelante. Las hijas acabaron sus carreras y ahora tienen un buen trabajo. Todo eso no habría sido posible sin los días y noches de trabajo, sin la obstinación de seguir adelante a pesar del destino de esta mujer a la que un conocido llamó madre coraje.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Al compartir este poema suyo, Consuelo confiesa: “Sentiría que al leer el escrito les parezca triste, pero ese es mi estado de ánimo cuando recuerdo lo vivido”. Sin embargo, si ella tuviera que empezar todo de nuevo, haría lo mismo, aunque no le fue nada fácil. Vale la pena ser peregrino para ver los hijos crecer, para desperdarse y recibir el regalo-reto del nuevo día.

Siempre tienes que seguir construyéndote como persona. En su caso autodidacta por fuerza (sólo estuvo en el colegio entre los nueve y los once años) Chelo escribe con el ordenador sus poemas, que desde su juventud la acompañan en los momentos de melancolía.

### El largo camino

Cuando un camino es estrecho  
Y se ensancha al caminar  
Pasas ligero entre piedras  
Sin volver la vista atrás  
Por que en tu mente de joven  
Te parece divisar  
Unas luces que a lo lejos  
Pronto podrás alcanzar  
Luego sigues caminando  
Ya no parecen brillar  
Porque la senda es tan larga  
Que terminas por pensar  
Que no merece la pena  
Aquel destello alcanzar  
Y sin pensarlo siquiera  
Tu camino terminó  
En un ocaso muy triste  
Sin alegría ni amor  
Hoy que te has sentado a un lado  
Del camino a recorrer

Recordar, compartir, aprender

Ves a lo lejos la vida  
Que te trató sin piedad  
Por recorrer el camino  
Que todos recorrerán  
Y piensas en lo pasado  
En lo que no pudo ser  
En cosas que no esperabas  
Y llegaron sin querer  
Cuánto tiempo se ha perdido  
En querer solucionar  
Cosas que ya por sí solas  
Solucionadas están  
Pensabas comerte el mundo  
Y digerir lo demás  
Y ese mundo en su gran giro  
Te degusto sin piedad  
Cuando quisiste agarrarte  
Con fuerza y no resbalar  
Ya era tarde estabas viejo  
La vida no daba más  
Quédate quieto en un sitio  
Espera y no luches más  
Deja que caiga la noche  
Su manto te cubrirá  
Y esa tierra tan querida  
Que nada te supo dar  
Será tu sabana blanca  
Por toda la eternidad.